

MAR MENOR: DOS POEMAS EN PROSA

I

"LAS CABRITAS DE ALBERTO"

ALBERTO tiene un hermoso barquito de velas, muy marinero, muy bien acondicionado, que le regaló a su mujer cuando tuvo la primera nena de sus hijitos; y que se llama como ella: "María del Carmen". Y tiene otro, aquel y éste con motor, más pequeño y otro, aún más chico, primer premio de celebradísimas regatas; y otro más, para el mar mayor, al otro lado de la Manga: Y no sé si todavía crece su flota velera del Mar Menor, porque los dos, Alberto y María del Carmen, gustan del mar y de abandonársele con fruición.

Alberto ha comprado toros bravos, va a tener una buena ganadería para la fiesta de plazas y palcos. Alberto trafica en cosas útiles y eficaces a las que procura, además, su acierto estético. Caza, pesca, nada, y anda descalzo y en camisa abierta sobre la tierra rojiza de su casa del pinar marítimo, con una ancha sonrisa de hombre que ama directamente todos los elementos naturales tanto como a los que los proporcionan.

Alberto tiene una mujer fina y guapa, que pasea por el mar con ojos enamorados, en su barco o andando, y que es ya del color de los sembrados al atardecer cuando aún no se han puesto rosa por el crepúsculo. Y unos hijos preciosos y de lomos ceñidos al hueso delicado y fuerte por una brillante piel fresca, tiene también Alberto.

Pero, y esto me gusta sobremanera, Alberto tiene aquí mismo, al corto alcance de mis manos, tres preciosas cabras y una chivita en el pinar de su



finca de Mar Menor. Son dos cabras grises y blancas de raza pura, y una negra. La chivita es gris y blanca, hija de una de las primeras pero amantadas —selección de Alberto— por la negra. Para que no incurra en glotonería, la chivita pasa las horas metida en una espaciosa jaula de tela de alambre, junto a su madre. Las tres cabras, atadas largo, con sus pesebres y sus bebedores cerca, rondan la jaula y balan dulcemente a la inocente prisionera.

A toda hora, día o noche, el tierno y mimoso balido de la niña encuentra el eco blando de las mayores; y la inquieta ronda de su madre que acaba echándose pegadita a la tela metálica para compartir la clausura.

Yo les hablo, conocen ya mi voz, y me conduelo en voz alta y comprensiva del encierro, de la falta de trotecillos alegres, de retozos, de impacientes chupadas a los pródigos y negados pezones de cuatro ubres dispuestas y metodizadas por Alberto. Algunas veces Nerón, que es un enorme perro casi mastín del cual soy muy amiga, invade el pinar con su guisa inocente de cachorro imponente y ladra, extrañado, ante la jaula; entonces las tres cabras balan reconviniéndole su loca actitud, y la chivita finge (¡la astuta!) que tiene miedo a ver si la sacan de allí y la sueltan por una pradera intacta cubierta de campanillas azules y de cantüesos morados.

Esta mañana, muy temprano, mucho, comenzaron a balar las tres cabras. Tanto y tan fuerte que busqué la razón. Era que un joven con un niño —el pequeño de Alberto— había sacado a la chivita y la paseaba... Ella saltaba gozosa, se enredaba las cuatro preciosas patas en la cuerda delgada que la conducía, y no contestaba al balido de sus mayores porque disfrutaba de libertad. ¡Libertad oliendo al mar inminente, bajo el perfumado oreo de los pinos, al lado de otra cría, como ella de frágil y bella, que sentía la dicha de poseerla!

Sentí envidia del niño, y unas manos nobles me trajeron la chivita y me la depositaron en los brazos. Es de una materia suave y blanda, algo así como ola sin viento, como gran puñado de flores silvestres; y tiene una cabeza fina y linda, un hocico caliente y mimoso; y tiene infancia.

¡Oh Alberto, amigo mío dueño de tantas cosas! (no he hablado de tus coches, ni de tus tierras, ni de tus comercios pingües!). Te celebro, conmovida (después hablaremos de la luna en el mar de noche que también me regalásteis), esta ronda de cabras que son mis campanas rústicas en el Mar Menor.

17-IX-59. Lo Pagán.



II

"LLANTO EN LA MAR"

EL barco iba despacio esta mañana, de puntillas sobre el agua, con toda la delicadeza de una mano fina sobre la espalda vibrante de la voluntaria e inmensa criatura que se entrega. Y sobre las cubiertas iban la madre y sus tres niños, más otras personas afines que gozaban de la mañana del mar de gloria.

Vino la palabra desde sus sonoros recintos del corazón, para alumbrar los labios de la madre, que se puso, entonces y con pudoroso respeto, a hablar de un reciente dolor suyo... La reposada figura de un anciano se alojó entre los navegantes, haciéndose sitio holgado y caliente en donde se le requería. Toda una dulce historia familiar fluyó mansamente (horizonte de mar, plenitud de mar, sol y mar arriba y abajo, alrededor de todo el barco), como un río que viniera de tierras lejanas y hermosas a desembarcar, todo él dichoso de feracidades cumplidas, junto a la joven mujer evocante...

Entonces, el llanto del niño. Entonces, Vicente, que tiene diez años y es audaz, firme, tenso, seguro de sí, arrojado, listo, impetuoso, se puso a llorar como un hombre; a llorar sin estridencia y sin refrenar su dolor ni sentirse enemigo suyo ni debilitado por él. A llorar porque amaba al anciano evocado, al cálido abrigo y firme puerto a que se refería su madre. Y era bueno darle suelta al corazón en la ancha gloria del mar con sol, del cielo del mar, en un barco que iba noble y erguido, arcángel sobre el mediodía de Dios.

¿Mejores oraciones, o más frescas flores para esa memoria quisiera la madre? No. Ello supo coger el fruto del niño y ponerlo, con las manos mojadas de Mar Menor, en la extensa piedra que aún detiene la vuelta total del ser ausente.

18-1X-59. Lo Pagán

